 Salmanticensis 64 (2017) 133-151

Francisco Varo, *Moisés y Elías hablan con Jesús. Pentateuco y Libros Históricos: de su composición a su recepción en el Nuevo Testamento,* Verbo Divino, Estella 2016, 504 pp.

Francisco Varo, profesor de Antiguo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra ha compuesto la monografía que ahora presentamos y que forma parte de la colección de Estudios Bíblicos de la Editorial Verbo Divino. Se trata de una obra en la que, a modo de "Introducción al Antiguo Testamento", aborda el estudio del conjunto de la literatura histórica veterotestamentaria con la peculiaridad de proponer junto con el análisis de cada uno de sus libros, explicaciones y orientaciones sobre cómo estos han sido recibidos en la tradición posterior tanto neotesamentaria como rabínica y cristiana.

La obra se divide en cuatro partes. En la primera, que lleva por título *Fe, Historia, Sagrada Escritura*, se ofrece como capítulo uno, una reflexión sistemática sobre cómo se entiende y presenta el Antiguo Testamento en el conjunto de los documentos magisteriales postvaticanos y de los nacidos en el seno de Comisión Bíblica Pontificia. A través de todos ellos deja claro el enorme esfuerzo que ha habido en el seno de la Iglesia católica para que sus fieles conozcan más las Escrituras y estimen al Antiguo Testamento como parte inseparable de la Revelación. Es sin duda un capítulo muy interesante que se suele echar en falta en otros manuales pero de gran importancia para todo docente de Antiguo Testamento. El capítulo dos, "El Antiguo Testamento en un primer acceso crítico-literario y teológico", presenta brevemente algunas de las dificultades que ofrece la lectura y estudio de estos textos como la existencia de duplicados o su estrecha relación con la literatura del Próximo Oriente. El marco histórico en el que se desarrollan las historias bíblicas está presentado en el capítulo tercero, desde el Bronce reciente hasta la época helenística. En él también se exponen cuestiones importantes sobre el método historiográfico y el tipo de verdad que contienen esos textos tan antiguos. La explicación del concepto de verdad salvífica concluye el capítulo. Una breve historia de la formación y composición de la Biblia y de su estructuración canónica cierra este primer bloque con el capítulo titulado "El Pentateuco y los libros históricos

Universidad Pontificia de Salamanca

del Antiguo Testamento en el canon de la Sagrada Escritura". Las diferencias y semejanzas entre las lecturas judía y cristiana de los textos ahí vertidas son un buen punto de partida para el estudio del conjunto de los libros que sigue a continuación.

La parte II de la obra –*La primera gran historia bíblica*– expone en el capítulo quinto, a modo de historia sagrada, el desarrollo de los principales relatos de los libros históricos comenzando por las historias del Génesis y concluyendo con la cautividad en Babilonia. A continuación –en el capítulo seis– se exponen las teorías clásicas de la composición del Pentateuco y la historia deuteronomista. En el séptimo y octavo se abordan las investigaciones actuales y las nuevas teorías de composición de estas obras. La opción del Prf. Varo de relatar primero las historias y luego profundizar en las cuestiones de historia de composición es, a nuestro juicio, muy pedagógica y acertada en un contexto como el nuestro en el que los alumnos ya no conocen esa historia ni su secuencia. Otras monografías proceden a la inversa. El capítulo noveno aporta otro elemento que no es habitual en los manuales que es el estudio de las relecturas de la historia de Israel en libros no históricos pues suele abordarse en el marco de los estudios de literatura sapiencial. Así presenta los salmos históricos (Sal 19; 8; 136; 105-106 y 135), analiza el elogio de los hombres ilustres (Si 44,1-50,31) y las narraciones del pasado del libro de la Sabiduría (Sab 10,1-12,27). El capítulo décimo aborda las relecturas de la historia antigua en el Nuevo Testamento, tanto en los Evangelios y Hechos como en las cartas y el Apocalipsis. Es también esta una aportación bien interesante por su capacidad de síntesis y por responder, sin duda, a la pregunta tantas veces formulada por lectores poco expertos sobre qué sentido o significado deben darse a las referencias veterotestamentarias presentes en el NT. A su vez, muestra la estrecha conexión entre el conjunto de los libros bíblicos y la gran relevancia de las historias fundantes. Novedoso es sin duda también, el capítulo once. En él aborda de forma breve las "Relecturas de la Torá y de la historia en la literatura rabínica". Con ello se ofrece al lector una panorámica que escapa de la tradicional cristiana para adentrarse en las tradiciones propias del judaísmo. En el capítulo duodécimo presenta la recepción del Pentateuco en la historia de la Iglesia primitiva. Lo interesante es apreciar cuáles son las historias más relevantes pero es evidente que es imposible hacer un estudio en profundidad y el resultado es una aproximación de carácter muy general.

La tercera parte del ensayo lleva por título *Otras historias bíblicas*. En ella, a lo largo de siete capítulos, se presentan las historias y estructuras de los libros de Crónicas, Esdras y Nehemías, Tobías, Judit, Ester y Macabeos, así como breves apuntes sobre su recepción

Universidad Pontificia de Salamanca

en la Iglesia. El abordaje es, evidentemente, mucho más breve que en toda la sección anterior. Son un conjunto de anotaciones breves de carácter introductorio pero muy claras. El estudio concluye con una parte IV *Epílogo* en el que se aborda cómo las historias del Pentateuco siguen presentes en la liturgia de la Vigilia Pascual. Es esta una parte bastante extraña en relación al conjunto. Se comprende su presencia como una forma de seguir mostrando la relevancia de todos los relatos y experiencias anteriormente mencionados pero su estilo y enfoque difiere de lo anterior. Es tal vez, demasiado específico.

La obra tiene en conjunto muchos elementos positivos. Sin duda alguna la claridad en la exposición de los distintos temas y teorías. El prf. Varo afirma que "el objetivo de esta guía es proporcionar las herramientas intelectuales necesarias para realizar una lectura del Pentateuco y de los libros históricos del Antiguo Testamento en la que se integren armónicamente los resultados que hoy se pueden considerar más solventes de los estudios histórico-críticos con la imprescindible dimensión teológica, sin perder la unidad de la Escritura, la Tradición de la Iglesia y la analogía de la fe" (32). Creemos, a nuestro juicio que los cumple y que el conjunto es un buen punto de partida para la aproximación a los textos. Echamos en falta, sin embargo, un peso mayor a la explicación teológica de los relatos desde el propio AT. En el género de la obra sorprende que el propio autor hable en unas ocasiones de ensayo y en otras de guía de lectura. Desde nuestro punto de vista tiene mucho más de manual introductorio que de los mencionados. Es una obra útil especialmente porque muestra de modo claro la relevancia de unos textos y relatos a lo largo de la historia y de las distintas tradiciones. En ella se percibe la gran experiencia docente del autor pues aborda pedagógicamente cuestiones que sin duda han surgido en el marco de las aulas y que por ello son extrapolables al conjunto de los creyentes. El título primero aun entendiendo su sentido, no acaba de parecernos claro de cara a los contenidos que sin duda permitirán al lector seguir indagando en las materias que ahí se adelantan.

Carmen Yebra Rovira

Tomás García-Huidobro, *Las experiencias religiosas y el templo de Jerusalén*, Editorial Verbo Divino, Estella 2015, 141 pp.

Este libro aborda la importancia del templo de Jerusalén como espacio simbólico que genera diversos tipos de experiencias religio-

Universidad Pontificia de Salamanca

sas. La tesis principal de este estudio es, que, el imaginario del templo de Jerusalén, sobre todo, las creencias y los valores en torno a él, siguió estando presente, a pesar de su destrucción por los romanos, e influyó en las experiencias religiosas judías, cristianas y gnósticas de lugares y tiempos muy diversos. El autor, analizando los textos de diversas procedencias, tanto los previos a la destrucción del templo (el Testamento de Leví y el Documento de Damasco) como los posteriores al año 70 (por ejemplo: el Apocalipsis de Juan y el Evangelio de Felipe), profundiza los rasgos que indican las creencias y los valores que constituyen el templo como espacio imaginado.

El libro contiene una introducción, cinco capítulos y una breve conclusión. La introducción presenta una primera aproximación al templo, una breve síntesis de la historia desde el primer templo hasta la destrucción del segundo, y otros elementos concretos que definían el templo de Jerusalén como eran las fiestas sagradas, el sumo sacerdote, los sacerdotes y los levitas. En esta introducción, el autor anticipa explícitamente la importancia del tema que va a abordar: "Lo que es absolutamente sorprendente es considerar que el templo como lugar simbólico siguió dando respuestas a preguntas fundamentales, especialmente a través de la descripción de experiencias religiosas, siglos después de la destrucción del santuario por los romanos" (p. 35).

El capítulo primero, titulado "La transformación sacerdotal de Leví", analiza las experiencias del viaje celestial de Leví que llegó al santo de los santos del templo celestial, y fue ungido sumo sacerdote delante de Dios (cf. TestLev 2,6-5,7; y 8,1.18). El viaje celestial fue percibido como una experiencia religiosa extraordinaria posible y deseable. Es la experiencia que se padece bajoel estado alternativo de conciencia. Respecto al templo, existía una concepción de que la estructura del cosmos coincidía con la de un templo celestial cuyo reflejo terreno se encontraba en el santuario de Jerusalén. En este marco cosmológico podía entenderse la posibilidad real del viaje celestial.

En el capítulo segundo, analizando unos versículos del Documento de Damasco (CD Col. III 20) en el contexto de la comunidad de Qumrán, el autor relaciona la aspiración de los miembros de la comunidad para volver a encontrar la naturaleza adámica y los ritos purificatorios que practicaban. La aspiración religiosa se basa en el deseo de los miembros: "si se mantienen fieles a las reglas del CD, Dios les concederá no solo la vida eterna, sino también toda la gloria de Adán" (p. 53). El deseo de la comunidad es entrar de nuevo con gloria en el paraíso. Aquí entra en juego el imaginario de la relación entre el Jardín del Edén y el templo. Pero, como la comunidad de Qumrán (los esenios) no consideraba ideal el templo de Jerusalén

Universidad Pontificia de Salamanca

en aquel momento, la misma comunidad fue considerada como imagen idealizada del templo. Los ritos purificatorios eran experiencias religiosas cotidianas que disponían a los miembros a entrar en el templo-comunidad como en el paraíso donde la presencia de Dios era inmediata. Esta praxis religiosa se alimentaba con el deseo de actualizar una transformación adámica e idealizada en contraposición con una naturaleza imperfecta y temporal.

El capítulo tercero analiza la liturgia celestial en la visión de Juan en el Ap 4-5, en la cual los veinticuatro ancianos, los cuatro vivientes, los ángeles y el cosmos entero entonan los mismos himnos alabando al que está sentado en el trono y al cordero. En estos dos capítulos se describe de manera impresionante la liturgia realizada en la sala del trono de Dios donde participan al modo sacerdotal y levítico en círculos concéntricos los vivientes, los veinticuatro ancianos, miríadas de ángeles y la creación entera (p. 70). El Apocalipsis no es el único que presenta esta realidad. Los "cánticos del sacrificio sabático" (4QShirSha) y los himnos de Quedushah también muestran la permeabilidad de la liturgia terrena y la celestial. La comunidad, cuando entona estos himnos, cree y aspira no solo a participar de la liturgia celestial, sino también a transformarse en ángeles (cf. 4QShirSha). Y en los himnos de Quedushah se percibe una interacción íntima (erótica) entre la liturgia terrestre y celeste en una comunión sensual. Estas creencias y valores eran compartidos por el autor de los textos y sus destinatarios como experiencias religiosas. Entrar en este tipo de liturgia es tener una experiencia religiosa cotidiana y, en algunos casos, extraordinaria en un estado alternativo de conciencia. En este segundo caso se trataría de la *unio liturgica*.

Esta unión litúrgica tiene lugar en el santo de los santos. En el capítulo cuarto la matiza como un encuentro sublime con lo divino. En el marco del imaginario del templo como espacio simbólico, el santo de los santos celestial se percibía como el espacio del encuentro definitivo con la divinidad cuya consecuencia fundamental era la transformación del sujeto. Esta creencia, presente en el Evangelio de Felipe (EvFel 76,25-30), define la cámara nupcial como el espacio especial de una experiencia religiosa sublime. El santo de los santos se percibía como el lugar de la unificación de las potencias divinas y el lugar del desvelamiento de la sensualidad divina. Estas creencias y valores están detrás de la descripción de la cámara nupcial en el EvFel. Es el espacio simbólico de la transformación del creyente, de la unidad divina, y del encuentro amoroso.

El capítulo cinco presenta y compara dos protagonistas importantes de las experiencias cristianas y judías, Jesús y Enoc-Metatrón como sumos sacerdotes del Altísimo. Ante la distancia insalvable

Universidad Pontificia de Salamanca

entre un Dios trascendente y la incapacidad del ser humano para acercarse y comunicarse con Él, las creencias y los valores respecto al templo ofrecen la solución a través del sumo sacerdote que actuaba como bisagra que mediaba entre los misterios de la realidad divina y el pueblo (p. 99). Los vestidos y las liturgias que presidía el sumo sacerdote acercan el Dios distante al pueblo y viceversa, el pueblo al Dios trascendente. Por medio de algunos textos del ciclo enóquico, el himno a los filipenses y la carta a los hebreos, el autor compara la imagen intermediaria de los dos personajes, Jesús y Enoc, como modelos de la humanidad perfecta que han ascendido a los cielos y han sido exaltados. Éste se fija, sobre todo, en las vestiduras del sumo sacerdote como el trasfondo de la función sumo-sacerdotal de los dos. Ambos son portadores del nombre divino y tienen características divinas. Pero, entre los dos existen diferencias fundamentales, sobre todo en los elementos de la preexistencia y el culto o adoración que se tributa a cada personaje. Los dos elementos no se aplican al personaje de Enoc. En cambio, ya desde las fuentes cristianas tempranas se reconoció la preexistencia de Jesús y se le tributó un culto en las comunidades del cristianismo naciente.

En la conclusión, titulada "El templo de Jerusalén cae en manos de los romanos", el autor subraya tres características principales del templo de Jerusalén como lugar simbólico. La primera característica es que el templo guardaba relación con una determinada metafísica o cosmología. La estructura del templo reflejaba la del cosmos. La segunda característica es la existencia de las creencias antropológicas en relación con el templo que apuntan a la transformación angelical o adámica del sujeto como resultado de experiencias religiosas en el templo de Jerusalén o a la disolución del sujeto en lo trascendente a través de las experiencias religiosas extraordinarias de carácter unitivo. Y la tercera característica es la existencia de un ser prominente que sirva de intermediario entre los hombres y el absoluto divino (cf. el sumo sacerdocio de Jesús y de Enoc-Metatrón).

Visto en su conjunto, la aportación principal de este excelente estudio es poner de relieve una relación inseparable entre las experiencias religiosas y el imaginario espiritual del templo de Jerusalén. El autor logra demostrar de qué modo el templo de Jerusalén, como lugar simbólico, sobrevivió durante siglos en la vida espiritual de diversas tradiciones religiosas, sobretodo judías y cristianas. Por medio de un estudio riguroso de los textos escogidos, el autor ofrece una clara idea de la dimensión espiritual-existencial y metafísica del imaginario del templo de Jerusalén. La sombra del templo se muestra como matriz que explica las experiencias cristianas y judías más apasionadas y vitalizantes.

Universidad Pontificia de Salamanca

La selección de los textos que se estudian es representativa, tanto desde la perspectiva del tiempo de su composición (antes y después de la destrucción del templo), como desde sus tradiciones procedentes (judías, cristianas y gnósticas). Además, al introducir una breve presentación de los textos intertestamentarios, como en notas de pie de página, facilita al lector a situarse en el contexto. Y, por último, el tema de las experiencias religiosas es muy relevante en la época actual. Es el elemento que no se esfuma ni se destruye, ni en el espacio ni en el tiempo.

Valens Agino

Stanley E. Porter and Brian R. Dyer, *The Synoptic Problem. Four Views*, Grand Rapids 2016, 194 p.

Desde que en 1776 Johann Jakob Griesbach compusiera la primera sinopsis moderna de los evangelios, la cuestión de las relaciones de dependencia literaria entre los tres primeros ha dado lugar a diversas teorías y explicaciones que forman parte de una cuestión clásica en la introducción a los evangelios: la llamada cuestión sinóptica. El libro objeto de esta recensión se concentra en las cuatro explicaciones que hoy se aducen con más frecuencia para dar razón de este fenómeno, promoviendo un diálogo entre los autores que proponen cada una de ellas.

La idea de presentar de esta forma dialógica las diversas explicaciones del problema sinóptico es uno de los atractivos de este libro, que está organizado de forma original. Los coordinadores intervienen al comienzo y al final del diálogo: al comienzo para plantear la cuestión, y el final para recoger los resultados. A la introducción siguen cuatro capítulos en los que reconocidos expertos exponen los argumentos que apoyan cada una de las cuatro hipótesis elegidas. Después de esta exposición, cada uno de los autores toma la palabra más brevemente para discutir las propuestas de los otros tres. Completan el libro un glosario, un índice de materias y autores y un completo índice de textos bíblicos y otras fuentes antiguas.

Al abordar la cuestión sinóptica hay que tener presente que se trata de un problema imposible de resolver, pues el texto de los evangelios, aun siendo muy antiguo y fiable, debe ser reconstruido con ayuda de la crítica textual. No tenemos ninguna versión original de estos textos y no sabemos cuántas versiones de cada uno de ellos circularon en el momento de su primera difusión. Todo ello hace

Universidad Pontificia de Salamanca

imposible una reconstrucción precisa de las relaciones de dependencia entre los evangelios. Lo único que podemos hacer con los datos que tenemos es construir un modelo teórico que explique la mayor parte de estos datos. Y eso es, precisamente, lo que pretenden las diversas hipótesis que se han planteado en los dos últimos siglos para aclarar el problema sinóptico.

En el primer capítulo, los coordinadores del volumen explican de forma clara y ordenada los datos del problema, exponiendo los términos clave, los conceptos que suelen utilizarse en la discusión del problema, e incluso adelantando ya las principales hipótesis que se van a discutir en los capítulos siguientes. Desde el comienzo se advierte que el objeto del libro no es plantear una investigación original, sino presentar a un público interesado los argumentos de algunas de las principales soluciones que se han dado al problema. Esta introducción sitúa adecuadamente al lector.

En el segundo capítulo, Craig Evans presenta la 'Hipótesis de las dos fuentes'. Básicamente, esta hipótesis afirma que tanto Mateo como Lucas utilizaron el Evangelio según Marcos y el Documento Q para componer sus respectivos evangelios. Esta es la explicación que asume inmensa mayoría de los estudiosos y comentaristas, lo cual es un signo evidente de su valor. Por eso, al presentarla, Craig Evans prescinde de los argumentos comunes y bien conocidos acerca de la prioridad de Marcos, y se dedica a mostrar que en la mayoría de los casos el texto de Mateo y de Lucas es claramente una reelaboración del de este evangelio, y no al revés. Respecto a Q, su argumentación se centra en probar su existencia, arguyendo que es la mejor explicación de la doble tradición (la que comparten Mateo y Lucas).

En el siguiente capítulo, Mark Goodacre expone la 'Hipótesis de Farrer'. Esta hipótesis asume, como la anterior, la prioridad de Marcos, pero a diferencia de ella explica el material de doble tradición afirmando que Mateo reelaboró el EvMc y que Lucas utilizó ambos evangelios. El argumento clave de esta explicación es la dependencia de EvLc respecto de EvMt, y en él se centra la explicación de Goodacre, tratando de mostrar que dicha dependencia se da no solo en el orden, sino también, y sobre todo, en las expresiones concretas.

David Barrett Peabody es el encargado de presentar la tercera explicación, la llamada 'Hipótesis de los dos documentos'. Esta hipótesis afirma que EvMt se compuso en primer lugar, que EvLc depende de él, y que EvMc depende de ambos. Para afirmar la posterioridad de EvMc recurre a algunos de los argumentos que las dos hipótesis precedentes aducen para afirmar su prioridad (posición

Universidad Pontificia de Salamanca

intermedia, uso alternativo de tradiciones, etc), así como a algunos rasgos estilísticos propios como el uso de adverbio *palin*. Recuerda, asimismo, que esta hipótesis encuentra un importante aval en la tradición más antigua que siempre sostuvo la prioridad de EvMt.

Por último, Rainer Riesner presenta la llamada 'Hipótesis de la oralidad y de la memoria', que subraya la importancia de la tradición oral y de las composiciones preevangélicas en la composición de los evangelios. Esta explicación cae en cierto modo fuera del problema sinóptico, pues este se refiere propiamente a la relación entre los evangelios y sus fuentes. Sin embargo, es oportuno introducir esta perspectiva en una discusión del problema sinóptico, pues, como ha mostrado la investigación de los últimos años, la tradición oral y la tradición escrita convivieron antes, durante y después de la composición de los evangelios. Riesner aboga por una solución más compleja, que incluya no solo la oralidad primaria, sino también la secundaria (es decir, la que surge a partir de textos escritos), así como diversas fuentes y diversos estadios en la redacción de cada evangelio.

Tras la presentación por separado de las cuatro hipótesis, cada uno de los autores vuelve a tomar la palabra para comentar los trabajos del los demás. Los cuatro breves comentarios que forman esta parte de libro muestran las coincidencias y divergencias de las diversas explicaciones, pero sobre todo ponen de manifiesto dónde se encuentran los puntos claves de la discusión. Resulta instructivo observar cómo los mismos ejemplos que se aducen en los ensayos iniciales son utilizados para argumentar a favor de otra hipótesis. En estos comentarios se percibe la complejidad del problema y se pone de manifiesto lo importante que es enfocarlo adecuadamente. El comentario de Riesner es especialmente instructivo precisamente porque plantea la cuestión desde una perspectiva más amplia que incluye los procesos de transmisión oral.

El capítulo final identifica los puntos de discusión, resume lo aprendido y señala lo que aún nos queda por aprender. Al lector (al menos a quien esto escribe) le queda claro al final que se trata de una cuestión de la que no se puede prescindir si se quieren entender bien los evangelios. Un problema complejo, cuya explicación requiere un enfoque múltiple. La 'Hipótesis de las dos fuentes' sigue siendo la más mejor explicación. Pero tal explicación no da razón de todos los datos y, debido a ello, debe ser complementada con dos postulados complementarios. El primero es que existieron varias versiones del EvMc, lo cual explicaría, entre otras cosas, las famosas 'coincidencias menores'. El segundo es la coexistencia de la oralidad y la escritura en el momento de la composición de los evangelios, lo

Universidad Pontificia de Salamanca

cual explicaría que en los textos de la triple tradición se encuentren variantes que no se explican por dependencia literaria.

Santiago Guijarro

Carlos Raúl Sosa Siliezar, *La condición divina de Jesús. Cristología y creación en el evangelio de Juan*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2016, pp.125.

Este libro se ocupa de estudiar la identidad divina de Jesús en el cuarto evangelio. Dicha identidad es presentada a través de la relectura de las tradiciones orales y escritas que aparecen en las Escrituras judías y en las corrientes del judaísmo, especialmente las que se refieren a la creación y al Dios creador.

Construir la identidad narrativa de Jesús con estas categorías denota el esfuerzo de repensar la identidad de Dios a la luz del acontecimiento de Jesús. Sin citarlo, Raúl Sosa sigue la indicación que el mismo narrador del relato anota al final del prólogo juánico: "A Dios nadie le ha visto jamás; el Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, ese lo ha contado" (Jn 1,18).

El autor señala la importancia de este estudio, ya que la identidad de Jesús y de Dios es fundamental para la vida del creyente, que está obligado a repensar su propia identidad a la luz de la de Jesús y de Dios Padre. De esta forma, su estudio se sitúa, sin citarlo, en la línea del método narrativo que presenta todo relato como una oferta de vida al lector para reconfigurar su propia existencia. De nuevo, el autor aparece en sintonía con el narrador juánico que invita a su lector a reconfigurar su propia identidad en la primera conclusión de su obra (Jn 20,30-31). De hecho, es esta una de las principales finalidades del evangelio al presentar la historia de la comunidad juánica, al mismo tiempo que presenta la de Jesús. Esta afinidad entre el estudioso y su objeto de estudio es un punto de partida de trabajo muy adecuado.

El libro contiene una introducción, cinco capítulos y una conclusión. Todos los capítulos son breves, siendo los tres primeros los más extensos, aunque solo abarcan veinte páginas, y los dos últimos ligeramente más concisos. Los capítulos se ocupan, sucesivamente y por orden, de los aspectos más significativos que revelan la identidad de una persona o un personaje: sus orígenes (Jn 1,1-18), su trabajo (Jn 5), su tarea como representante de otro (Jn 6,16-21; Jn 9,6), su oración (Jn 17) y su muerte, y en el caso de Jesús, su resurrección (Jn

Universidad Pontificia de Salamanca

20). Esta disposición, demuestra implícitamente, la consideración del evangelio de Juan como un relato construido siguiendo los pasos de las *vidas antiguas*.

Cada uno de los capítulos se desarrolla de una manera similar. En primer lugar se estudian los vínculos con las tradiciones de la Escritura y las tradiciones contemporáneas judías que el autor utiliza; en un segundo momento se analizan los textos del evangelio y el papel que juegan dentro de la trama del relato mismo; por último, todos los capítulos terminan con la exposición de las consecuencias del estudio de los textos estudiados y la identidad divina de Jesús, que queda caracterizada por su relación única, exclusiva e íntima con Dios Padre que le concede a él mismo una identidad divina. Es en la conclusión de todo el libro donde el autor expone los resultados obtenidos sobre la identidad de Jesús y las consecuencias para la reconfiguración de la de Dios y de la del lector.

La brevedad de esta obra no es síntoma, ni mucho menos, de superficialidad. Más bien es señal de una gran pericia para transmitir, en pocas palabras y con claridad, los resultados de una extensa y rigurosa investigación. Esta impresión se ve confirmada por la extensa bibliografía, que acompaña al breve trabajo y el prolijo índice de referencias que aparecen al final del libro.

Este libro es un excelente ejemplo de la fecundidad del planteamiento sincrónico a la hora de estudiar un relato evangélico. Por un lado, gracias a su claridad, permite a personas no familiarizadas con la exégesis, acceder sin demasiada dificultad a unos resultados magníficos sobre la identidad de Jesús, fruto de un trabajo riguroso de investigación exegética, tantas veces acusada de esterilidad en sus conclusiones. Por otro lado, en el trasfondo del libro, para personas más familiarizadas con la exégesis, resuenan planteamientos muy dignos de valorar y profundizar, por lo que, seguramente, una argumentación más extensa no perjudicaría a la claridad del texto antes mencionada. Entre ellos cabe destacar la consideración del relato como un vehículo para trasmitir la identidad de un personaje, a la luz del cual el lector pueda redefinir su propia personalidad. Esto confirma que la pregunta que late tras los relatos evangélicos es *¿Quién es Jesús?*, es decir, la pregunta sobre la identidad de Jesús.

Muy loable es el estudio del evangelio desde el enfoque narrativo destacando los aspectos de la intertextualidad y la intratextualidad (todo texto es un tejido de textos). La intertextualidad se pone de manifiesto en el uso de las tradiciones y textos judíos, tanto canónicos como extra canónicos, en el desarrollo de la argumentación. Los trabajos en esta línea nos permiten conocer como los cristianos leyeron y utilizaron las escrituras judías para elaborar sus propios

Universidad Pontificia de Salamanca

textos, es decir, conocer lo que podríamos llamar la exégesis cristiana primitiva.

De la misma manera el estudio pone de relieve la importancia de la intratextualidad al mostrar como las ideas, los temas y los textos del propio evangelio se retoman y se interpretan a lo largo del texto creando así una verdadera trama narrativa. En esta línea, se pone de manifiesto la importancia del prólogo (Jn 1,1-18) para la comprensión de toda la obra; aunque no queda claro si se comprende el prólogo como una síntesis o resumen del evangelio, o más bien como clave hermenéutica que permite interpretar correctamente todo el evangelio, esto último estaría más acorde con la naturaleza paratextual de todo prólogo.

Una de las aportaciones más importante y original del estudio es el estudio sobre la identidad de Dios; es decir la teología del cuarto evangelio, la cual sólo se puede entender desde la cristología. Es el descubrimiento de la identidad de Jesús lo que hace comprender de forma nueva la identidad de Dios. A esta última, el autor llega al asumir e interpretar las Escrituras a la luz de Jesús, de manera que tradiciones monoteístas del judaísmo, al ser aplicadas a Jesús, definen la identidad divina de Jesús y a la vez la de Dios, que desde ahora ambas se entienden en una relación única y exclusiva; en una comunión que les hace uno pero no idénticos.

También es muy destacable la relación, por no decir la unidad, entre Cristología y Teología en el cuarto evangelio; y la unión de éstas con la identidad del cristiano. Cristología, Teología y cristianismo no se pueden, ni se deben separar ni en el estudio académico ni en la vida del creyente.

José Manuel H. Carracedo

Larry W. Hurtado, *Destroyer of the gods. Early Christian Distinctiveness in the Roman World*, Waco 2016. 290 p.

El profesor Larry Hurtado es bien conocido entre nosotros por sus estudios sobre los antiguos papiros cristianos y, sobre todo, por sus trabajos sobre el reconocimiento de la condición divina de Jesús en los inicios del cristianismo. El libro que ahora nos ofrece hunde sus raíces en el minuciosos y preciso conocimiento del cristianismo naciente que revelan sus anteriores publicaciones, pero se centra intencionadamente en una cuestión más relevante desde el punto de vista cultural para los lectores de hoy. Su propósito es, en efecto,

Universidad Pontificia de Salamanca

remediar la amnesia cultural de la sociedad occidental respecto a sus raíces, mostrando que nuestra forma de entender la religión, así como algunas mediaciones culturales o prácticas de vida que forman parte de nuestra cultura fueron, en realidad, radicales innovaciones del cristianismo.

El autor insiste en la novedad que supuso el cristianismo y en la capacidad de innovación que este movimiento religioso manifestó en los primeros siglos de su historia. Se trata de un fenómeno fascinante desde el punto de vista histórico, que es, al mismo tiempo, una clave imprescindible para comprender la sociedad occidental. Por eso, este libro no se dirige solo a los especialistas, sino a un público mucho más amplio, al que el autor ofrece constantes aclaraciones para que pueda seguir más fácilmente su exposición.

Después de un breve prefacio en el que da cuenta de algunas circunstancias que determinaron la forma final y el propósito de este libro, una introducción sitúa al lector proporcionándole algunas informaciones básicas que serán de gran utilidad para su lectura: una visión panorámica de los comienzos del cristianismo (el libro pretende abarcar los tres primeros siglos, aunque luego se centra en los dos primeros), algunos aspectos básicos de su disonancia con respecto al ambiente y una consideración preliminar acerca de la pluralidad del fenómeno cristiano.

El capítulo primero está dedicado a presentar la visión que los no cristianos tenían acerca del cristianismo naciente. Aunque no son muchos los testimonios de que disponemos, todos ellos coinciden en calificar la nueva religión como inusual, extraña y novedosa. Las expresiones que utilizan para describirla son despectivas (*superstitio* es la más común), y reflejan una valoración negativa que se fue haciendo más intensa a medida que el nuevo movimiento religioso se fue difundiendo en el mundo antiguo. Las numerosas defensas (*apologías*) compuestas por los primeros escritores cristianos son un reflejo de esta oposición que despertó el cristianismo naciente. Sin embargo, a pesar de este rechazo social que a veces se traducía en persecución formal, el número de los que se hacían cristianos siguió aumentando.

Los cuatro capítulos siguientes abordan cuatro rasgos distintivos del cristianismo que resultaron especialmente novedosos en el entorno del imperio romano. El primero de ellos, el más decisivo, fue la nueva fe que los cristianos profesaban. El autor ofrece una nueva síntesis de un tema que conoce muy bien, sin perder de vista a sus lectores. Para estos, en efecto, tal vez lo más novedoso será saber que el concepto de religión que manejamos en occidente es, en realidad, una innovación del cristianismo. El panorama religioso

Universidad Pontificia de Salamanca

del mundo grecorromano era muy diferente, no solo por la abundancia de divinidades, sino también por la forma ritual de comprender la religión. En este ambiente, en el que se suponía que todos los dioses merecían el reconocimiento y el culto de los hombres, aunque estos solo adoraran a algunos de forma habitual, la exclusividad del cristianismo resultaba tremendamente llamativa y, en muchos casos, ofensiva. Esta exclusividad que se traducía en la adoración del único Dios verdadero, era un rasgo propio de la fe judía, pero en el judaísmo no resultaba tan ofensiva porque se percibía como una peculiaridad étnica. Sin embargo, el horizonte universal y misionero del cristianismo hizo que fuera percibida como algo profundamente irreverente. Con todo, el rasgo más peculiar de la visión cristiana de Dios, que le diferenció también del judaísmo, fue el reconocimiento de la condición divina de Jesús, a quien reconocían como único Señor junto al único Dios (1Cor 8,6). Hurtado resume aquí magistralmente para un gran público un tema que conoce muy bien y sobre el que ha publicado importantes trabajos.

El capítulo tercero trata de mostrar cómo la nueva visión de Dios fue configurando una nueva identidad. En realidad, el capítulo se centra en la identidad religiosa y trata de mostrar su novedad estableciendo una comparación con las identidades que generaban otros movimientos religiosos de la época que tenían, como el cristianismo, un carácter transversal. Con el paso del tiempo, la vivencia de la nueva fe fue configurando una nueva identidad cuyas raíces hay que buscarlas no solo en la nueva visión de Dios, sino sobre todo en la exclusividad de la que hemos hablado antes.

El siguiente capítulo se centra en la relación del naciente cristianismo con los libros. Podría parecer a primera vista un rasgo secundario. Sin embargo, cuando se conocen los datos, tal relación resulta muy reveladora. Aunque hoy nos parezca normal que cada religión tenga un libro o unos libros sagrados, esto no era habitual en el mundo antiguo. Tan solo en el judaísmo encontramos este fenómeno. El cristianismo, de hecho, heredó esta relación con los libros del judaísmo. Pero, como ocurrió con otros rasgos heredados de la religión de origen, lo transformó. La producción de libros en los primeros siglos del cristianismo es impresionante (más de doscientas obras pueden catalogarse en los dos primeros siglos). Pero resulta mucho más impresionante su esfuerzo por mejorar la forma tradicional del libro (el rollo) y su preferencia por el códice, el tipo de libro que ha pervivido hasta nuestros días.

El capítulo final está dedicado a una cuestión crucial: el nuevo estilo de vida que generó el cristianismo. Para entender el alcance de esta novedad es importante tener presente que los diversos cultos del mundo antiguo se centraban en lo ritual, y que la adhesión a

Universidad Pontificia de Salamanca

ellos no tenía importantes consecuencias éticas. En el cristianismo, sin embargo, la fe en el único Dios verdadero y el reconocimiento de Jesucristo como el único Señor implicaba un cambio de vida. El autor señala algunos casos concretos en los que el comportamiento cristiano era diferente: exposición de los recién nacidos, luchas de gladiadores, vida familiar, etc., pero podrían haberse añadido otros muy significativos como la acogida, o la ayuda social, que tan decisiva fue para la integración de los primeros grupos cristianos.

Una breve conclusión resume los argumentos principales de cada uno de los capítulos. Vistos en su conjunto, constituyen un convincente argumento de que, efectivamente, el cristianismo supuso una importante novedad en el mundo antiguo no solo con respecto al mundo romano, sino también respecto al judaísmo, en el que, por otro, tienen sus raíces muchos de estos rasgos más distintivos: monoteísmo exclusivista, relación con los libros, rechazo de la exposición de los recién nacidos, etc. Estos rasgos distintivos del cristianismo acabaron transformando aquella sociedad y han permanecido hasta hoy en la cultura occidental.

El libro está bien escrito y se lee con gusto. Hay que felicitar al autor por haber puesto al alcance del gran público con gran competencia los resultados de una investigación compleja y, sobre todo, por haber mostrado la relevancia social de los orígenes del cristianismo.

Santiago Guijarro

Alan Kreider, *The Patient Ferment of the Early Church. The Improbable Rise of Christianity in the Roman Empire*, Grand Rapids 2016, 321 p.

La rápida expansión del cristianismo y, sobre todo, el hecho de que esta difusión fuera acompañada de un arraigo profundo y duradero es un enigma histórico que no deja de cuestionar a quienes se acercan a él. Los historiadores han ofrecido diversas respuestas a la pregunta que plantea este acontecimiento poco común. Hace unos años obtuvo cierto eco la tesis propuesta por el sociólogo norteamericano Rodney Stark en un libro titulado El auge del cristianismo (Barcelona 2001). En él mostraba que la conversión al cristianismo fue un proceso complejo en el que las relaciones personales y las redes sociales previas desempeñaron un papel fundamental, identificando al mismo tiempo algunos factores externos que influyeron de forma decisiva en el crecimiento numérico del nuevo movi-

Universidad Pontificia de Salamanca

miento religioso: el variado origen social, el papel de las mujeres, el apoyo de las comunidades judías, la reacción ante las plagas y otras crisis sociales, etc. El libro de Alan Kreider que ahora presentamos aborda esta misma cuestión, pero ofrece una respuesta diferente. Para él, el auge del cristianismo no fue el resultado previsible de un crecimiento exponencial, sino el laborioso fruto de la paciencia que dio lugar a un nuevo estilo de vida.

Según Kreider, la paciencia fue crucial en los inicios del cristianismo. De hecho, fue la primera virtud sobre la que los cristianos escribieron un tratado. La expansión del cristianismo fue lenta y se produjo, con frecuencia, en medio de muchas dificultades. Fue, como la fermentación, un proceso gradual, impulsado por la atracción que ejercía el estilo de vida de los creyentes. Para explicar cómo se configuró este estilo de vida, el autor recurre a una categoría elaborada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu: el habitus. El habitus es un sistema de disposiciones del que participa el cuerpo. Es decir, no se trata solo de actitudes interiores (mentales, afectivas o espirituales), sino de disposiciones que tienen una expresión corporal y canalizan la conducta. El habitus se configura a través de la socialización, se refuerza con los relatos, ejemplos o modelos, y se reafirma con la repetición. De este modo, se convierte en una especie de segunda naturaleza que determina la forma de actuar. La conversión al cristianismo implicaba la transformación del habitus, la creación de un nuevo estilo de vida, que se basaba no en las convenciones sociales, sino en la enseñanza de Jesús. El resultado de este proceso no fue solo la consolidación de las nuevas comunidades, sino también, y sobre todo, la configuración de una propuesta social alternativa, que operó una profunda transformación de la sociedad antigua.

El libro consta de diez capítulos agrupados en cuatro partes, cuyos títulos dan ya idea de la tesis que propone: 1) Crecimiento y paciencia; 2) Fermento; 3) La formación del habitus; 4) La transformación de la paciencia. Al comienzo se encuentra una útil tabla con las abreviaturas de las obras antiguas y modernas más citadas, y al final se incluye una completa bibliografía que recoge las obras citadas a lo largo del libro, así como un único índice que combina materias y autores.

La primera parte (Crecimiento y paciencia) contiene tres capítulos. El primero, muy breve, expone en síntesis la tesis del libro, subrayando la paradoja que supuso el rápido crecimiento del cristianismo. En el segundo capítulo, el lector es introducido en la comprensión que los primeros cristianos tenían de la virtud de la paciencia a través de los escritos de algunos autores significativos, desde Justino hasta Lactancio, pasando por Tertuliano o Cipriano, para concluir con una enumeración de los principales rasgos de

Universidad Pontificia de Salamanca

dicha virtud. El tercer capítulo, el más extenso de esta primera parte, comienza introduciendo de forma somera la categoría del habitus antes mencionada, y presenta a continuación una ilustrativa contraposición entre las prácticas religiosas del mundo antiguo y las del naciente cristianismo en tres situaciones vitales diferentes: la vida pública, las prácticas privadas y las situaciones de crisis. Las respuestas de los grupos cristianos revelan un estilo de vida que encarnaba sus convicciones de fe, un nuevo estilo de vida que no pasó desapercibido en su entorno.

La segunda parte (Fermento) incluye dos capítulos. El primero de ellos, y cuarto del libro, está dedicado a estudiar en qué sentido y de qué forma los cristianos promovieron el crecimiento del nuevo movimiento. No cabe duda de que los apóstoles y profetas, así como los primeros misioneros, desempeñaron un papel importante en este proceso, sobre todo al comienzo. Sin embargo, fueron las comunidades domésticas, especialmente las mujeres, que en ellas tenían un lugar natural, las que hicieron arraigar la nueva fe. Por eso, en el capítulo quinto, estas comunidades se contemplan como espacios donde se cultivó la paciencia, especialmente cuando el rechazo social y la persecución pusieron a prueba la perseverancia. Este rechazo, sin embargo, no impidió que los cristianos se insertaran en el mundo, ni que crearan en aquella sociedad comunidades que se distinguían por su estilo de vida: en la forma de hacer negocios, en el comportamiento sexual, en las relaciones familiares, en la manifestación del poder divino en ellos y por medio de ellos, en la atención a los pobres, en el respeto a la vida, y en la libertad para vivir de este modo. Aunque hubo formas inapropiadas de inculturar la fe, el nuevo estilo de vida de los cristianos se hizo cada vez más visible en sus comunidades.

La tercera parte (La formación del habitus), la más extensa, contiene tres capítulos, en los que se estudian los medios a través de los cuales se producía la transformación de los que se hacían cristianos. Al primero de ellos, la catequesis y el bautismo, se dedica el capítulo sexto, que se inicia mostrando algunos ejemplos de lo que suponía el proceso de conversión y de los factores de intervenían en ella: el testimonio de Cipriano, la catequesis de Didajé, las apologías de Arístides o de Justino, concluyendo con una exposición detallada del itinerario de iniciación a la vida cristiana que presupone la Tradición Apostólica, un manual en el que se recogen experiencias de varias iglesias, no solo de Roma. Este itinerario tenía tres etapas: 1) El encuentro con los cristianos y la elección de un 'padrino' (sponsor); 2) El catecumenado dedicado a la escucha de la Palabra (al que dedica un amplio espacio, reconstruyendo los contenidos y las formas del anuncio); 3) La preparación al bautismo con la escucha del

Universidad Pontificia de Salamanca

evangelio; y 4) El bautismo. El segundo capítulo de esta tercera parte (el séptimo del libro) muestra la importancia del culto en la formación del habitus. El culto, en efecto, fue decisivo en el proceso, pues a través de sus rituales y ceremonias (eucaristía, oraciones, beso de la paz, etc), en los que los creyentes participaban activamente, estos quedaban implicados también corporalmente, reforzando así lo aprendido en la catequesis y vivido en la vida cotidiana. El capítulo octavo, que cierra esta tercera parte, trata de comprobar todos estos procesos y sus efectos estudiando la Didascalia Apostolorum, un ordenamiento eclesiástico procedente de las comunidades de Siria, que constituye el testimonio más detallado de una iglesia en acción en la época preconstantiniana.

La cuarta parte (La transformación de la paciencia) complementa la tesis del libro, mostrando que el proceso de paciente fermentación que llevó a cabo la iglesia en sus inicios se modificó con las opciones tomadas en el siglo IV a raíz del reconocimiento del cristianismo como religión lícita. Contiene dos capítulos. El primero de ellos, dedicado a la impaciencia de Constantino, muestra de forma convincente que su actuación y la que promovió en la iglesia cristiana no siguieron las pautas de la paciente fermentación, ni siquiera siguieron los criterios de libertad y de exigencia que habían determinado en los siglos precedentes el crecimiento del cristianismo. Constantino no había transformado su habitus, y seguía actuando como un no cristiano, tal como le recriminaba Lactancio. Años después, Agustín de Hipona, a quien se dedica el último capítulo, ofrece ya otra interpretación de la paciencia. También él escribió un tratado sobre esta virtud, pero su forma de entenderla y, sobre todo, de practicarla en su confrontación con los donatistas pone de manifiesto el cambio radical que se había producido: la paciencia no era ya una actitud que ponía en primer término la voluntad de Dios y la libertad humana, sino una virtud que debía practicar el justo, distinguiendo entre verdadera y falsa paciencia.

Al terminar la lectura del libro se entiende mejor el sentido de su subtítulo (The Improbable Rise of Christianity in the Roman Empire). Si la paciencia que propiciaba la transformación del habitus no hubiese sido sustituida por la impaciencia de Constantino y de una iglesia que impacientemente aceleró su crecimiento, tal vez el futuro del cristianismo habría sido diferente. Pero no fue así, y tanto el historiador como el creyente deben hacerse cargo de aquel pedazo de la historia del cristianismo que determinó la historia de Occidente.

El libro de Kreider expone con convicción una tesis sobre el auge del cristianismo. Es una obra bien pensada, bien trabajada y bien escrita, detrás de la cual se adivina a un observador que se

Universidad Pontificia de Salamanca

siente afectado por lo que cuenta, a un estudioso que mira hacia el pasado con la sensibilidad de la venerable tradición menonita en la que ha crecido. Se le podría objetar que su visión del cristianismo preconstantiniano está muy determinada por el conocimiento detallado que exhibe de la comunidad de Cartago, y por los escritos de Tertuliano y Cipriano, que guiaron aquella iglesia e inspiraron a otras muchas. Pero esta es una objeción menor, porque el autor se ocupa de aducir otros testimonios que corroboran lo que en estos encuentra.

En todo caso, tal vez lo más importante que se puede decir de este libro es que intenta (y en el caso de quien esto escribe, logra) implicar al lector. Y no cabe duda de que en el trasfondo de esta implicación, como motivación remota aunque muy presente, se halla la novedosa situación que vivimos los cristianos en Occidente, relegados a una situación socialmente marginal, que es muy parecida a la que tenían aquellas comunidades preconstantinianas. Quien lee el libro siendo consciente de esto cae en la cuenta de que, aunque no pueda y no deba repetirse hoy al pie de la letra lo que aquellos cristianos hicieron, sí es posible aprender de ellos una lección importante: que –como decía Tertuliano– "los cristianos no nacen, se hacen"; y que la transformación del habitus que implica este proceso tiene poco que ver con la eficacia inmediata.

Santiago Guijarro

Universidad Pontificia de Salamanca